

llamaréis cómo jueces? A hombres falibles, a hombres gobernados por malas pasiones, por razones privadas tanto como públicas. ¿Para qué la coacción? Para producir la uniformidad. ¿Pero es deseable la uniformidad? No, como no lo es la uniformidad de los rostros y de la estatura. Introducid el lecho de Procusto, y como existe el peligro de que los hombres fuertes puedan maltratar a los débiles, nos ajustarán a todos al mismo formato, recortando a los grandes lo que tienen en demasía y estirando a los cortos hasta que lleguen a la medida exacta". (Monticello, 1782).

El gran mérito de pensadores liberales como Jefferson y Paine, consistió en haber reconocido la imperfección natural de toda forma de gobierno, y en no haber aspirado por este motivo a hacer del Estado una providencia terrestre capaz de todas las prescripciones y susceptible de dañar por ello, no sólo toda nueva visión de formas sociales superiores, sino también el sentimiento natural de responsabilidad del pueblo por determinadas decisiones, que son las condiciones previas de toda prosperidad común. El sistema del absolutismo, con sus innumerables decretos y reglamentaciones de la vida social, que oprimió a los pueblos de Europa durante siglos como una pesadilla, les había dado en este aspecto una lección que les hizo desconfiados ante cualquier tutela estatal.

“En todo gobierno sobre la tierra, —escribió Jefferson en 1782— se encuentran rastros de la debilidad humana, gérmenes de corrupción y de degeneración que la perspicacia descubrirá y que la corrupción hará florecer insensiblemente, cultivará y desarrollará. Todo gobierno degenera cuando es confiado solamente a los gobernantes del pueblo. Los pueblos mismos, por consiguiente, son los únicos depositarios seguros del gobierno. Y para esa seguridad, su espíritu debe ser desarrollado hasta un cierto grado. La influencia sobre el gobierno tiene que ser compartida por todos los miembros del pueblo. Si cada individuo que compone esa masa participa de la autoridad última, el gobierno estará seguro; porque el soborno de la masa entera excederá de los recursos privados de la riqueza; y los recursos públicos no pueden ser proporcionados más que por los impuestos sobre el pueblo. En este caso todo individuo habría de pagar el precio de su corrupción.”

Jefferson sostenía que una administración sana de los asuntos públicos depende del interés que le consagre el hombre del pueblo. Cuanto más dispuesto esté el pueblo, por propio impulso, a velar por sus derechos y libertades, tanto más forzado se verá el gobierno a tomar en cuenta las exigencias de la opinión pública y a convertirlas en regla de su conducta. La indiferencia del pueblo frente a los asuntos

públicos es el comienzo de toda tiranía. Sólo donde la palabra es libre, es posible mantener sana la opinión pública, pues la verdad resulta siempre de la comparación de las cosas. "Una opinión errónea puede ser tolerada donde la razón tiene la libertad de combatirla". Donde la opinión es impuesta al pueblo, sucumbe el espíritu y el ciego fanatismo ocupa el puesto del pensamiento propio. Lo mismo que Paine, reconoció también Jefferson que, "argumentar con un hombre que ha renunciado al uso y autoridad de la razón, y cuya filosofía consiste en despreciar a la humanidad, es equivalente a administrar medicinas a un muerto, o a tratar de convertir a un ateo con la Biblia". Por eso vió en una prensa libre, sin influencia extraña alguna, el mejor medio para la educación del pueblo, y escribió en 1787 en este sentido a Edward Carrington:

"Siendo la opinión del pueblo la base de nuestros gobiernos, nuestra primera misión debería consistir en mantener ese derecho; si yo tuviese que decidir entre un gobierno sin prensa y una prensa sin gobierno, no vacilaría un instante en preferir lo último. Pero sostendría que todo hombre debe recibir esa prensa y ser capaz de leerla. Estoy convencido de que la sociedad que vive sin gobierno (como los indios), en su gran mayoría disfruta de una dicha incomparablemente mayor que las sociedades que viven bajo el dominio de los

gobiernos europeos. En la primera ocupa la opinión pública el puesto de la ley, y la moral refrena tan poderosamente como puedan hacerlo en cualquier parte las leyes. En las últimas, con la pretensión de gobernar, se ha dividido a las naciones en dos clases: lobos y ovejas. No exagero. Este es el verdadero retrato de Europa. Mantened, por consiguiente, el espíritu de nuestro pueblo y conservad viva su atención. No seáis demasiado severos con sus errores, sino procurad mejorarlos por la instrucción. En el momento en que el pueblo deje de prestar atención a los asuntos públicos, vosotros y yo, los Congresos y las Asambleas, los jueces y los gobernadores, nos volveremos lobos. Parece ser ésta la ley de nuestra naturaleza común, pese a las excepciones individuales; y la experiencia declara que el hombre es el único animal que devora a los de su propia especie; pues no puedo aplicar un término más suave a los gobiernos de Europa, y a la presión general del rico sobre el pobre”.

Jefferson creía tan firmemente en el sano sentido del pueblo americano que le concedió espontáneamente el derecho a objetar todas las decisiones del gobierno. “Los pueblos son los únicos censores de sus gobernantes; y aún sus mismos errores los conservarán fieles a los verdaderos principios de su institución. Castigar esos errores demasiado severamente equivaldría a suprimir la única garantía de la

libertad pública". En una carta a James Madison llegó incluso a referirse a las pequeñas rebeliones que deberían contribuir a restablecer el equilibrio perdido entre pueblo y gobierno. Comparando las desventajas de un *gobierno débil* con la opresión insopor- table en los Estados despóticos, llegó a esta conclu- sión:

"Esto tiene también sus males; el principal de los cuales es la turbulencia de que es motivo. Pero pesad ésto frente a las opresiones de la monarquía, y no significará nada. Incluso este mal es produc- tor de bienes. Impide la degeneración de los go- biernos y alienta la atención general hacia los asun- tos públicos. Considero que una pequeña rebelión de cuando en cuando es una cosa buena, y tan ne- cesaria en el mundo político como las tormentas en el mundo físico. Ciertamente, las rebeliones frus- tradas facilitan generalmente los ataques a los de- rechos del pueblo que las han producido. Pero la observación de esta verdad debería mover a los honestos gobernantes republicanos a ser lo más suaves que sea posible en el castigo de las rebelio- nes como para no desalentarlas demasiado. Son me- dicinas necesarias para la buena salud de los go- biernos".

Uno de los mayores méritos de Jefferson fué su lucha contra la centralización política del país, defen- dida por Alexander Hamilton y el Partido Federalis-

ta, al que pertenecieron los dos primeros presidentes de la república, Washington y John Adams. Reconoció con razón que la reunión del poder en manos de un fuerte gobierno central era un medio peligroso, que ofrece siempre una ocasión cómoda a los elementos ansiosos de mando, para suprimir los derechos y las libertades conquistadas y socavar el equilibrio natural de las fuerzas sociales. Además, el principio del centralismo político está en abierta contradicción con todas las leyes del progreso social y del desarrollo natural. Está en la naturaleza de las cosas que todo progreso cultural se realice primero en pequeños círculos y llegue a la conciencia de la sociedad como tal tan solo poco a poco. Por eso la descentralización política es la mejor garantía para la posibilidad ininterrumpida de nuevos ensayos, pues dá a toda comunidad ocasión para realizar las cosas que están en sus posibilidades, sin imponerlas a otros violentamente. El ensayo práctico es el padre de todo desenvolvimiento en la sociedad. Mientras una comunidad es capaz de realizar, dentro de su campo de acción, las modificaciones que sus miembros consideran necesarias, su ejemplo ejercerá siempre una influencia fecunda sobre las otras comunidades, pues les ofrece oportunidad para examinar la exactitud y la ventaja de esas modificaciones sin ser forzadas a aceptarlas mientras no estén convencidas de su conveniencia. La consecuencia es que las comunidades espiritualmente más avanzadas sirven de modelo a las otras, un hecho

que se justifica por sí mismo en base al desarrollo natural de las cosas.

En un Estado fuertemente centralizado, la situación es precisamente la opuesta, e incluso el mejor sistema representativo no puede cambiar nada en ello. Los representantes de una cierta parte del país pueden tener consigo a la inmensa mayoría de los electores, pero en la corporación legislativa del Estado central quedan, sin embargo, en minoría, pues está en la naturaleza de las cosas que en esas corporaciones no se hallen representados en la mayoría los distritos espiritualmente más activos, sino justamente los más atrasados del país. Como solo algunas partes del país poseen realmente el derecho de expresar su opinión, y sin la voluntad del gobierno central no pueden emprender independientemente modificaciones, resulta que las partes más progresivas del país son condenadas al silencio, mientras los distritos más atrasados marcan el tono. En un Estado central, comunidades como Atenas, Florencia, Nurenberg o Laon, que han fomentado tan poderosamente la cultura general de su tiempo, habrían sido simplemente imposibles.

A ello se agrega todavía otra circunstancia, que es de la mayor significación para el desarrollo floreciente de la sociedad. En una comunidad más pequeña, el individuo puede abarcar más fácilmente los asuntos públicos y tomar decisiones de acuerdo con la propia experiencia. En una representación

central, esto es simplemente imposible. Ni el simple ciudadano, ni el que le representa, son capaces de abarcar por completo, o solo aproximadamente, el mecanismo monstruoso de la máquina del Estado central. El diputado es forzado diariamente a resolver sobre cosas que no conoce por experiencia propia y en cuyo juicio tiene que abandonarse siempre a la opinión de los demás. Es natural que tal sistema conduzca inevitablemente a los peores abusos e injusticias. Y como el ciudadano, por los mismos motivos, tampoco está en situación de vigilar y juzgar la actividad de su representante, la clase de los políticos profesionales puede pescar tanto más fácilmente en las aguas turbias y abrir de par en par las puertas a toda descomposición interna. Jefferson reconoció pronto éste peligro y expresó elocuentemente ese pensamiento en las siguientes palabras:

“Todos conocen la influencia del interés en el espíritu del hombre y cuán inconscientemente es desviado su juicio por esa influencia. A esta propensión hay que añadir la del espíritu de cuerpo, su máxima y su credo peculiar de que es misión de un buen juez ensanchar su jurisdicción, y la ausencia de responsabilidad; ¿y cómo podemos esperar decisiones imparciales del gobierno federal, del que son una parte tan eminente, y los Estados individuales, de quienes no tienen nada que esperar o que temer? Hemos visto también que, contraria-

mente a todo correcto ejemplo, tiene el hábito de eludir las cuestiones, de echar el ancla hacia adelante, y de extender la mano hacia futuros progresos del poder. Ellos son, pues, en realidad, el cuerpo de zapadores y minadores; trabajan siempre para socavar los derechos independientes del Estado, y para consolidar todos los poderes en manos de aquel gobierno en el que tienen una participación tan importante. Pero no es por la consolidación o concentración de poderes, sino por su distribución como se lleva a cabo el buen gobierno. Si este gran país no estuviese ya dividido en Estados, debería hacerse esta división para que cada uno pueda hacer por sí mismo lo que le concierne directamente; y lo que puede hacer mucho mejor que una autoridad lejana. Cada Estado es a su vez dividido en distritos, cada uno de los cuales atiende a lo que está dentro de sus límites locales; cada distrito está dividido a su vez en municipios, que atienden los detalles menores; y cada municipio es dividido en fincas o granjas, gobernadas por sus propietarios individuales. Si tuviéramos que decir desde Washington cuándo hay que sembrar y cuándo hay que recoger la cosecha, pronto careceríamos de pan. Es por este reparto de tareas, que descien- de en graduación de lo general a lo particular, como la masa de los asuntos humanos puede ser mejor administrada, para el bien y la prosperidad de todos”.

Jefferson, que siempre fué partidario de la auto-administración, quería reducir a un mínimo las tareas de un gobierno federal. “Reducid el gobierno federal sólo a los asuntos extranjeros, y dejad que nuestros asuntos sean separados de los de las otras naciones excepto en lo relativo al comercio, que los comerciantes administrarán mejor cuanto más libres sean dejados, y nuestro gobierno general puede ser reducido a una muy simple organización, y a una organización muy poco costosa; unas pocas tareas simples que deben ser realizadas por unos pocos servidores”. Ante todo, interesaba eludir todas las formas rígidas, que sólo podrían conducir a recargar el futuro con las hipotecas del pasado y a obstruir el camino de la evolución libre. Lo mismo que Paine, reconoció el derecho de toda nueva generación a conformar su vida de acuerdo con el propio criterio. Por este motivo, no quiso hacer recaer sobre las próximas generaciones lastres que a la larga habían de ser insoportables y conducirían a catástrofes sociales. Este pensamiento determinó su interpretación del gobierno. No quería dejar a los hombres de mañana una camisa de fuerza, sino una ligera indumentaria que cediese a cada presión de la voluntad popular y no restringiese el movimiento libre del cuerpo. La *voluntad de poder* le era extraña, y de ahí sus palabras: “Un hombre honesto no puede sentir placer en el ejercicio del poder sobre sus conciudadanos”.

EMERSON Y THOREAU

DESPUES que Jefferson y sus partidarios hubieron librado en este país la lucha contra las tradiciones monárquicas, sus ideas se convirtieron en el caudal común de los mejores representantes de los Estados Unidos. Las encontramos en la literatura político-social, en los discursos y escritos de Emerson, Thoreau, Garrison, Phillips, Lincoln y muchos otros. Todos esos hombres prevenían a sus conciudadanos contra el funesto error de hacer del Estado una providencia terrestre. Todos eran de opinión que la salvaguardia de aquellos *derechos inalienables* de que se habla en la *Declaration of Independence*, no debe estar en manos del gobierno, sino en las del pueblo mismo. Hasta un hombre de formación tan conservadora como George Washington, dijo: "El gobierno no es la razón ni la elocuencia, es la fuerza. Como el fuego, es un servidor peligroso y un amo terrible. Ni por un momento se le habría de permitir la acción irresponsable".

Ralph Waldo Emerson no tuvo nunca una buena palabra para la coacción organizada del Estado. El gran poeta-filósofo de América, que estaba tan firmemente convencido de que la libertad es la madre de toda cooperación social, sabía también que la mayor parte de nuestra actividad social surge del acuerdo

voluntario con nuestros semejantes y no podría ser impuesta por ninguna ley del gobierno.

“La naturaleza de cada ser humano —sostiene Emerson— es un indicador para conocer el carácter del prójimo. Mi derecho y mi injusticia es su derecho y su injusticia. Mientras hago lo que me conviene y evito lo que es inconveniente, mi vecino y yo coincidiremos a menudo en nuestros medios y colaboraremos un cierto tiempo en un objetivo. Pero cuando yo juzgue que mi dominio sobre mí mismo no basta y asuma la tarea de dirigirle a él también, pisoteo la verdad y me pongo en una falsa relación con él. Puedo tener más habilidad y fuerza, puede ocurrir que él no sea capaz de expresar adecuadamente su sentimiento de la injusticia sufrida, pero esto es una mentira y nos hiere como mentira a ambos. El amor y la naturaleza no pueden cubrir esa usurpación; tiene que ser efectuada por una mentira práctica; es decir, por la fuerza. Esta preocupación por administrar los derechos de los otros es el gran pecado que se encuentra en su colosal fealdad en los gobiernos del mundo”.

Emerson reconoció que ni el desarrollo político ni el desarrollo social pueden tener una conclusión final; por eso vió el mayor peligro en la pretensión de querer ajustar todos los fenómenos de la vida social a normas determinadas. Incluso las mejores conquistas tiene solo una importancia relativa y corresponden en el mejor caso a nuestras interpretaciones

momentáneas del valor de las cosas, pero no agotan nunca el impulso interno hacia nuevas formas de la evolución, impulso que es la fuente eterna de todo desenvolvimiento. Lo que sirvió un tiempo de norma no es nunca la última conclusión de la sabiduría, sino sólo un miembro en la cadena de los acontecimientos. La formación de nuevas relaciones entre los hombres es un acto revolucionario y un resultado del progreso social, que barre con las viejas formas de vida sentidas por la época como un lastre, porque han perdido su contenido y sólo sobreviven como envolturas muertas de la historia. Pero el ensayo de atribuir validez eterna a las nuevas condiciones se convierte en un obstáculo para el futuro, pues desconoce la necesidad interior de cambio que existe en el fondo de todas las aspiraciones sociales.

“Demócratas natos, no estamos calificados de ningún modo para juzgar acerca de la monarquía, aunque en tiempo de nuestros padres, que vivían en la idea monárquica, era relativamente justa. Pero nuestras instituciones, aunque coincidentes con el espíritu de la época, no se eximen de los defectos prácticos que han desacreditado otras formas. Todo Estado actual está corrompido. Los hombres buenos deben obedecer demasiado a las leyes. ¿Qué sátira sobre el gobierno puede igualar a la severidad de la censura que implica la palabra política, que desde hace siglos ha significado engaño, lo que equi-

vale a decir que el Estado es una mistificación?... La libertad salvaje desarrolla la conciencia férrea. La falta de libertad, por el fortalecimiento de la ley del decoro, embota la conciencia. La ley de Lynch predomina solo allí donde hay gran dureza y subsistencia propia en los dirigentes. Un populacho brutal no puede ser algo permanente; el interés de todo el mundo requiere que no exista y únicamente la justicia satisface a todos”.

Emerson, con el fino instinto del poeta y del filósofo, reconoció que lo mismo que en la naturaleza sólo tiene consistencia lo desarrollado orgánicamente, así en la sociedad solo subsiste lo que corresponde a la convicción interior del hombre y arraigó en sus conocimientos éticos; no vió en el Estado un constructor de caracteres, sino únicamente una herramienta de la nivelación espiritual y de la minoridad moral. Lo verdaderamente grande en la historia no surgió de la iniciativa de los gobiernos, sino que se formó, en la mayoría de los casos, contra la voluntad de sus representantes, los cuales, a causa de su posición, aspiraron siempre a encadenar los hombres a las mismas condiciones vigentes de la vida.

“Esta es la historia del gobierno — un individuo hace algo para domeñar a otros. Un hombre que no puede conocerme me impone tasas; desde lejos, me ordena que una parte de mi trabajo vaya a éste o aquél caprichoso objetivo — no según mi ca-

pricho, sinó según se le ocurre a él... Las tendencias de los tiempos favorecen la idea del auto-gobierno, y dejan al individuo, por todo código, la recompensa y los castigos de su propia constitución, que obran con más energía de lo que creemos mientras dependemos de restricciones artificiales. El movimiento en esta dirección ha sido muy marcado en la historia moderna. Mucho ha sido ciego y desacreditable, pero la naturaleza de la revolución no es afectada por los vicios de los más revolucionarios; pues ella no es más que una fuerza puramente moral. No fué aceptada nunca por un partido en la historia ni puede serlo. Separa al individuo de todo partido y lo une al mismo tiempo a la especie... Vivimos en una baja condición del mundo y pagamos por eso involuntario tributo a los gobiernos fundados en la fuerza.

“Ni entre las gentes más religiosas e instruídas de las naciones más religiosas y civilizadas, existe una confianza en el sentimiento moral y una creencia suficiente en la unidad de las cosas, como para persuadir de que la sociedad puede ser mantenida sin limitaciones artificiales, de igual modo que se mantiene el sistema solar; o que el ciudadano privado podría ser razonable y un buen vecino sin la amenaza de la prisión o de la confiscación de sus bienes”

Emerson, que se convirtió en centro de un pequeño núcleo de hombres y mujeres distinguidos, al

que pertenecían George Ripley, Frederic H. Hedge, James Freeman Clarke, Convers Francis, Theodore Parker, Bronson Alcott, Margaret Fuller, Elizabeth P. Peabody y otros, tuvo en la vida espiritual de América una gran influencia. Sus discursos ante la sociedad *Phi Beta Kappa* de Cambridge (1837) acerca del *American Scholar* fueron calificados como la *Declaración Intelectual de la Independencia*, y su elevado contenido espiritual hizo de ellos una de las más grandes manifestaciones libertarias de los Estados Unidos. Emerson comprendió plenamente también las ideas socialistas de Charles Fourier y estuvo muy próximo al experimento de la *Brook Farm* (1840-47). Entró valerosamente en la liza en favor de la abolición de la esclavitud de los negros, y eso en una época en que el asunto no carecía de peligros. Su revista *The Dial* fué una de las manifestaciones literarias más importantes de este género en América, aunque su influencia, sin embargo, no se hizo sentir más que en un pequeño círculo. Su principio: "Si echais una cadena al cuello del esclavo, la otra punta se arrolla en torno al vuestro", no era solo una confesión de fe para su tiempo, sino que constituye el fundamento de todo pensamiento libertario.

Henry David Thoreau, amigo de Emerson y representante clásico de la literatura americana, en su agrio repudio de toda coacción exterior, fué quizás más definido que aquél. Su ensayo *Acerca del deber*